

MI ITINERARIO CON OCTAVIO PAZ

GUILLERMO SUCRE

He sido amigo de Octavio Paz desde hace cuarenta años. En 1958 escribí un artículo sobre *La estación violenta* (donde ya deslumbraba "Piedra de sol"), que se publicó en *El Papel Literario* (suplemento del diario *El Nacional*), dirigido entonces por Juan Liscano. Al poco tiempo Paz me mandó una carta junto con un poema inédito ("Noche en claro") para la revista *Sardio*. En 1959, finalmente, lo conocí en París, cuando él iniciaba su nueva y última etapa diplomática. Recuerdo que hacia 1961 tomamos un café para hablar del Premio Fomentor, en cuyo Jurado había sido designado; Paz llevaba dos candidatos: Borges y Juan Rulfo. Un año después regresé a Caracas y al poco tiempo lo nombraron Embajador en la India. Desde Nueva Delhi mantuvimos una continua correspondencia; nos enviaba, además, poemas para una casi desasistida página literaria que Martín Cerda, Luis García Morales y yo hacíamos los domingos en el diario *La República*. También nos enviaba breves ensayos: gran parte de ellos, que luego integraron su libro *Corriente alterna* (1967), fueron publicados en la primera época de *Zona Franca* (1964). En 1968, después de renunciar a la embajada en la India y antes de emprender su larga travesía marítima de regreso, me escribió a Pittsburg, donde yo residía entonces. Me adjuntaba sus señas en Francia (Nice) y ese hermoso poema que entonces sólo se titulaba "La limpieza". Remité éste a *Imagen*, bajo la dirección de Esdrás Parra, donde se publicó creo que por primera vez en nuestro país.

Para el trimestre de verano, la Universidad de Pittsburgh invitó a Paz a la prestigiosa Mellon Chair; dio unos brillantes cursos sobre poesía hispanoamericana y una lectura de sus poemas. Nos separamos pero era como si estuviéramos en una misma conversación: llamadas telefónicas, cartas. El destino volvió a reunirnos. Otra vez en Pittsburg y, finalmente, dos veces en Madrid, cuando recibió el Pre-

mio Cervantes (1982) y cuando publicó *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe* (1983). Estaba radiante la noche (todavía invernal) en que fue a nuestro apartamento y nos mostró el primer ejemplar del *Sor Juana* —aún mal encuadernado— en la edición de Seix Barral. Al salir tarde en la noche (el frío había arreciado) nos preguntó: ¿se acuerdan de aquel Pittsburgh tan caluroso que vivimos juntos? Ya no nos vimos más, aunque la comunicación nunca se interrumpió: entre otras cosas, nos unía *Vuelta*. Recuerdo que le escribí (me iban a operar) unas semanas antes de que cumpliera sus 80 años. Para sorpresa y divertimento míos, me contestó el día mismo de su aniversario. La reacción espontánea del amigo que se prodigaba.

No voy a hablar de todas las virtudes de Paz. Debo decir, sin embargo, que tuvo un alto sentido de la amistad. Como Montaigne, creía que la amistad es una de las pasiones superiores del hombre. De ahí los numerosos homenajes que aparecen en sus libros, tanto de poemas como de ensayos. Breton, Cernuda, Motherwell, Manuel Álvarez Bravo, Jorge Guillén y tantos otros que ahora se me escapan. Pero sobre todo está su poema "Kostas", primero publicado en 1983 en una plaquette bilingüe (español-francés, traducido por Claude Roy) y luego incluido en su libro *Árbol adentro* (1987). Escrito a raíz de la muerte de Kostas Papaioannou, es sin duda una gran elegía y a la vez una celebración mítica y la suma de la amistad.

En 1982, Paz participó en el Instituto Tecnológico de Massachusetts en un homenaje a la memoria de Roman Jakobson y, entre varias observaciones realmente memorables, dijo del gran lingüista ruso: "Hablabla como un maestro, callaba como un sabio, sonreía como un amigo". Ahora que Paz ha muerto, ya no creo impúdico aplicarle a él estas mismas palabras.

Pero mi verdadero itinerario con Octavio Paz (maestro, sabio y amigo) fue a través de su poesía. El primer libro suyo que leí fue *Libertad bajo palabra*, en su primera versión de 1949. Apenas un librito de 130 páginas que compré en una librería de Santiago de Chile en 1952. Formaba parte de la colección Tezontle del Fondo de Cultura Económica y era una selec-

• Guillermo Sucre, venezolano, uno de los mejores comentaristas de la poesía de Octavio Paz, está entre los mayores críticos literarios de nuestra lengua y es uno de nuestros poetas más exigentes.

ción, bastante amplia, de la poesía de Paz hasta la fecha. El muchacho de 19 años que yo era entonces quizá no podía discernir muy bien la diversidad y la unidad de aquellos poemas, pero para mí fue la revelación de una nueva gran voz poética en nuestra lengua, especialmente en la poesía hispanoamericana, de la que yo me ufana de conocer mejor a Vallejo y a Borges, a Huidobro y a Neruda. Por más que corrigiera después algunos de esos poemas o que les diera un ordenamiento distinto, ese libro fue la aparición de lo que pocos años después sería el verdadero Paz. Y si tuviera que resumir lo que yo sentía como una nueva voz, citaría el final del prólogo en prosa (ese prólogo que es como el santo y seña de la obra de Paz) y también el final de "Himno entre ruinas" (1948):

Contra el silencio y el bullicio invento la Palabra, libertad que se inventa y me inventa cada día.

y

*Hombre, árbol de imágenes,
palabras que son flores que son frutos que son actos.*

La palabra es un don del poeta, sólo que lo sobrepasa a él y a sí misma. Y si el hombre es un "árbol de imágenes", sus palabras no pueden ser objetos sino ese continuo manar de imágenes que no son sino transformaciones cuyo acto es la vida. Así que todo lo que será el tono singular de Paz en su poesía ulterior y en sus mejores y extensos poemas ya estaba como prefigurado en los pasajes que he citado. *Libertad bajo palabra* (1949) es, pues, un libro augural. Un libro que inicia en la misteriosa diafanidad de Paz, y en su complejidad.

Otro rasgo notable que se desprende de lo anterior es que la poesía de Paz no abruma con el yo del autor, con sus quejas pseudometáforas, con su expansión historicista o telúrica o con sus utopías a la fuerza, es decir, dogmáticas. Hasta sus últimos momentos Paz creyó en la utopía, pero no como prepotencia de la historia y de la palabra.

En un poema de *Árbol adentro*, Paz hace casi un juego de palabras, que no es tal. "La poesía se dice y se oye: es real./ Y apenas digo es real/ se disipa./ ¿Así es más real?"

La poesía —parece sugerirnos Paz— es un decir que siempre está al borde del silencio, y en el silencio está su verdadera realidad, que es lo imaginario o lo no dicho. O la poesía es una revelación instantánea o una epifanía que sólo se ilumina en la imaginación —esa mirada secreta— del lector. La poesía, por ello, vive a la intemperie, en una libertad que es la de la Palabra. Librarnos de la palabra impositiva, a veces intimidante; librarnos del discurso totalizador o totalitario, es quizá lo que siempre le agradeceremos a Paz. No hay más que leer su poema "Hermandad" (Homenaje a Claudio Ptolomeo):

Soy hombre: duro poco
y es enorme la noche.
Pero miro hacia arriba:
las estrellas escriben.
Sin entender comprendo:
también soy escritura
y en este mismo instante
alguien me deletrea. <

Caracas, 21 de abril de 1998

Vivió espléndidamente sus ochenta y cuatro largos años, zambullido en la vorágine de su tiempo por una curiosidad juvenil que lo acompañó hasta el final. Participó en todos los grandes debates históricos y culturales, movimientos estéticos o revoluciones artísticas, tomando siempre partido y explicando sus preferencias en ensayos a menudo deslumbrantes por la excelencia de la prosa, la lucidez del juicio y la vastedad de la información. No fue nunca un diletante ni un mero testigo, siempre un actor apasionado de lo que ocurría en torno suyo y uno de esos *rara avis* entre las gentes de su oficio que no temía ir contra la corriente ni afrontar la impopularidad. En 1984, poco después de que una manifestación de perfectos idiotas mexicanos lo quemara en efígie (coreando, frente a la embajada de Estados Unidos: "Reagan rapaz, tu amigo es Octavio Paz"), por sus críticas al gobierno sandinista, coincidió con él: en vez de deprimido, lo encontré regocijado como un colegial. Y tres años más tarde no me sorprendió nada, en Valencia, en medio de un alboroto con trompadas durante el Congreso Internacional de Escritores, verlo avanzar hacia la candela remangándose los puños. ¿No era imprudente querer dar sopapos a los setenta y tres años? "No podía permitir que le pegaran a mi amigo Jorge Semprún", me explicó.

MARIO VARGAS LLOSA